

## ~ Reseñas ~

JON JUARISTI. *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus; Fundación Juan March, 2012.

El libro que reseñamos se encuadra en el proyecto de Españoles eminentes impulsado por la Fundación Juan March, coordinado por Lucía Franco y que cuenta con la asesoría del catedrático de Historia Moderna Ricardo García Cárcel y el catedrático de Historia Contemporánea Juan Pablo Fusí. En dicho proyecto, la fundación española junto a la editorial Taurus viene realizando desde hace unos años una serie de biografías de españoles eminentes que, según aprecian, no son todo lo conocidos que se debiera. Este proyecto viene impulsado además por el supuesto de que el género de las biografías en España, sin estar ni mucho menos ausente, sí que consideran que no ha tenido el arraigo y maestría con que en otros lares se da, por lo que pretenden darle un impulso desde su plataforma. Para ello, y para llegar a un *lector culto* pero no por ello especialista, nada mejor que seleccionar a significativas figuras españolas que en la historia han sido para, a la vez que revalorizar dicho género, dar a conocer a las mismas. Y un elemento muy destacable de este proyecto editorial es que las biografías no pretenden nunca ser hagiografías, sino que están siempre recorridas de principio a fin por una pregunta que además de aportar un carácter crítico a la obra permite encuadrarla perfectamente en nuestro presente: la figura biografiada, ¿es realmente eminente? Y si lo es, ¿sigue siéndolo en nuestros días? Preguntas estas que, se inclinen por el sí o por el no, requieren necesariamente del previo análisis de la biografía de turno. Un análisis que los directores del proyecto afirman, quizá buscando una *via di mezzo*, pretende superar las pers-

pectivas estructuralistas, vindicando el *ethos* personal en la explicación histórica, pero adoptando también una perspectiva amplia en relación al contexto, a las *circunstancias*, de las figuras estudiadas. A su vez consideran que, a diferencia de los análisis históricos de los sucesos pasados, que siempre generan controversias, en el caso de las biografías esto es mucho más reducido. Ante esas figuras eminentes el acuerdo y las convergencias suele ser mucho mayor. Por lo que es una buena opción para ejercer una reconstrucción de la historia de la cultura española, tal y como la colección de Españoles eminentes pretende.

Pues bien, una de ellas, que no podía faltar, es la de Miguel de Unamuno y Jugo, realizada con erudición y destreza por, a su vez, otra figura importante de las letras españolas actuales, Jon Juaristi, del cual se nota a lo largo del libro su filológica formación. Jon Juaristi además de filólogo y biógrafo es historiador, poeta, ensayista, traductor y novelista. A lo que habría que añadir sus actividades como director de la Biblioteca Nacional de Madrid (1999-2001), cargo al cual renunciaría para ser director del Instituto Cervantes (2001-2004), así como sus muy numerosos artículos en diversos medios y revistas y su labor educativa como catedrático de Literatura española en la Universidad de Alcalá de Madrid desde 2005, siéndolo ya previamente en Vasconia de Filología española, por no hablar de su paso por la Universidad de Valencia como titular de la cátedra de Pensamiento Contemporáneo a cargo de la Fundación Cañada Blanch, y alguna que otra estancia en instituciones como la Universidad de Austin o El Colegio de México (1985-1986).

*Soy vasco y llego con recelo y cautela a un terreno tan espigado que ya no quedan ni los rastrojos.* Así, parafraseando el comienzo de la tesis doctoral de Miguel de Unamuno, comienza Jon Juaristi su biografía, y no se trata de un mal comienzo. En unas pocas palabras ya se nos ha advertido que biografante y biografiado tienen algún lazo común, ambos son vascos. De Bilbao para ser exactos. Sin embargo, eso no convierte la tarea en algo lo más sencillo, pues, además de una páginas más adelante declarar que sería difícil encontrar a alguien más distinto a él que Unamuno, el terreno por el que Jon Juaristi nos dice se va a mover, está espigado a más no poder. Tanto por la

compleja persona del rector de Salamanca y su amplísima producción, que ya sería suficiente, como por toda la variada literatura que la misma ha generado por parte de la, así llamada por Juaristi, legión de la *unamunología* —en la cual el propio Juaristi no se incluye— desde sus días hasta hoy. Efectivamente, la faena se presenta complicada y no es para cualquiera.

El autor, casi a modo de confesión, en las primeras páginas nos comenta cómo, para emprender esta dificultosa tarea, se valió de un método que calca al empleado poco antes en escribir sus propias memorias: buscar elementos comunes en sendas biografías, cosa que el hecho de haber crecido a pocas calles de distancia de donde lo hizo don Miguel añade enjundia e interés al trabajo. Esto, al menos, le dio pie para arrancar en algo que por otra parte, aunque de reconstruir una vida se trata, en modo alguno puede igualarse a la de reconstruir la propia. Ambas se realizan en planos donde las operaciones humanas son el principio y el fin, donde en modo alguno hay certeza absoluta, y donde los distintos planos operatorios llegan a superponerse. Pero además de la evidente mayor información de detalle con que se cuenta en una autobiografía y del marcado carácter *emic* de una y el carácter *etic* de la otra,<sup>1</sup> en el caso de una biografía lo que se está reconstruyendo es una vida ya clausurada, finita, perfecta, que pertenece al pasado porque sus frutos pueden afectarnos a nosotros, pero nosotros en modo alguno a ella. Pues bien, no por ello Jon Juaristi se arredra, sino que haciendo de la dificultad virtud va trabando meticulosa y pacientemente todos los a menudo confusos hilos que, anudados, constituyeron la vida de don Miguel.

Comienza Juaristi realizando un sucinto recorrido histórico de Vasconia y en especial de Bilbao, mostrando las, al menos en apariencia, “rivalidades históricas” entre la villa y el campo bilbaíno, lo cual tomaría cuerpo durante el siglo XIX en la guerras carlistas, de las que Unamuno niño tuvo experiencia. Es este un recurso muy adecuado teniendo en cuenta la importancia de la ciudad y los su-

<sup>1</sup> Ver Gustavo Bueno, *Nosotros y Ellos*. Oviedo: Pentalfa, 1990.

cesos en ella acaecidos para la biografía de don Miguel, como se ve perfectamente en la que será su primera novela, *Paz en la guerra* (1987). Continúa con una breve semblanza de los orígenes familiares, en los cuales el propio Unamuno indagó un tanto en busca de orígenes nobles, y de los parientes justamente antecedentes al futuro rector y su establecimiento y actividades en la ciudad de Bilbao, lo cual explica y da pie a Juaristi para hablarnos de rasgos de su carácter y de los círculos sociales y económicos en los que don Miguel se movería a lo largo de su vida.

Pasa después a hablarnos de su infancia, marcada por la Tercera Guerra Carlista y el bombardeo de Bilbao, que no supuso para él ninguna tragedia, sino más bien lo contrario. Esta para él feliz experiencia le llevaría a teorizar ambiguamente años después sobre el poder vigorizador del espíritu de las guerras civiles, hechas por los ciudadanos, en las que irrumpe lo intrahistórico, que contrapondría a las guerras *inciviles*, las hechas por los militares —aunque no por ello excluía de las primeras la lucha armada—, lo que explicaría, junto a la centralidad de la dialéctica, de la lucha, la agonía, en su pensamiento, sus posturas en la guerra de 1936, que verá como un levantamiento. Ya el propio Unamuno nos cuenta algo de esa época en muchos pasajes de su producción como la mencionada *Paz en la guerra*, o en el libro que al respecto quizá sea el más destacado, sus *Recuerdos de niñez y de mocedad* (1908), libro al que Juaristi considera se ha dado demasiada atención por parte de sus biógrafos y que emparenta más con el género confesional —como el caso de las *Confesiones de un pequeño filósofo* de Azorín (1904)— o con una *Bildungsroman* vergonzante que con una autobiografía fiable. Nos introduce también Juaristi en la figura de Félix de Unamuno, padre de Miguel, al que este apenas conoció pues murió de tuberculosis cuando tenía 6 años, dejando a la familia en precaria situación económica, pero que recuerda en alguna ocasión y recurre a él en alguna de sus novelas. No obstante, Juaristi señala que, a pesar de no ser alguien sin interés, don Miguel no suele mencionarlo y nunca se interesó demasiado por su padre, o al menos no nos dejó constancia de ello. Ante ello, Juaristi ensaya algunas explicaciones más o menos plausibles pero, ante la falta documental, sin ningún apoyo seguro.

Relata Juaristi la vida del mozo Unamuno y sus andanzas por el céntrico barrio de Bilbao al que la familia se trasladó al poco de nacer Miguel –para ser exactos, en el 2º piso del nº 7 de la calle de la Cruz–. En esos céntricos barrios, que después de la guerra experimentarían junto con el resto de la ciudad los cambios provocados por una intensa industrialización, su padre montaría su infructuosa panadería –en el barrio de Achuri–, allí en el colegio San Nicolás recibiría sus primeras enseñanzas y en el Instituto Vizcaya estudiaría Miguel su bachiller, entusiasmándose por el Álgebra, la Historia Natural y la Filosofía –por ello él mismo después se extrañaría de no haber elegido en la universidad la carrera de Ciencias Naturales–, considerando inútil la pedagogía memorística que se aplicaba en esas escuelas. Allí jugaría con sus amigos, hermanas y primos, y allí pasearía y se empaparía de su señalada religiosidad entre los católicos templos y los compañeros de la Congregación de san Luis Gonzaga, como Juaristi nos describe.

Su juventud y paso a la madurez estuvo presidida por su traslado a Madrid el otoño de 1880 para estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Central. Como Juaristi nos comenta con cierta empatía por su parte, no era muy amante Unamuno de la bulliciosa y ruidosa ciudad, cuya intrahistoria solo empezaría a apreciar en 1931, acostumbrado como estaba a la más quieta Bilbao de aquellos años. Allí el joven Miguel sufrió un revulsivo cambio en muchos ámbitos. En el Ateneo y en la Universidad conocerá directamente a los principales filósofos, novelistas, políticos, juristas y científicos del momento, tomarán cuerpo muchas de sus posiciones filosóficas y políticas, profundizará en las mal llamadas ciencias humanas y etológicas y formales y naturales –las ciencias, aclara el biógrafo, siempre fueron un elemento central de la filosofía unamuniana, bien como fundamento bien como objeto de reflexión–; y allí sus creencias religiosas sufrirán un vuelco del que nunca se recuperarían, por más que él mismo aparentemente quisiera lo contrario el resto de su vida –Juaristi relata los numerosos enfrentamientos que el bilbaíno tuvo con distintos hombres de Iglesia, y con su madre, por sus impías manifestaciones, y dedica espléndidas páginas a comentar la sentimental ansia de inmortalidad que Unamuno perdió

con su fe católica—. En Madrid profundizaría en el pensamiento evolucionista, estando muy influido por ingleses como Spencer o Darwin, aunque Haeckel fue la principal referencia en España al respecto. Y también lo haría en el positivismo que ya estaba presente en él, lo cual es perceptible en sus estudios filológicos, gracias en parte a su maestro Antonio Sánchez Moguel, como apunta Juaristi. Al tiempo acabaría distanciándose de él por la metafísica espiritualista y el cientifismo que acarrea —se ha dicho a menudo, apoyándose en el equivocado “¡Que inventen ellos!”, que don Miguel recelaba de las ciencias; en absoluto es cierta semejante barbaridad, lo que él despreciaba era *el cientifismo*, el fundamentalismo científico, cosa muy distinta; su novela *Amor y Pedagogía* (1902) es un perfecto ejemplo, pues se trata de una ácida sátira de las pretensiones científicas del positivismo—.

Aparecen sus primeros escritos de importancia como es su tesis doctoral: *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*, de unas pocas decenas de folios pero en la que, como Juaristi nos explica, el joven y a ratos altivo Miguel pretende desmontar uno a uno los mitos que en el XIX habían ido forjándose sobre los orígenes de la lengua y la “raza” vasca, pero desde tesis no del todo plausibles. Y aunque ya en estos años tenemos al núcleo del Unamuno que todos conocemos, con el pasar de los años, como sucede con toda esencia, el cuerpo y curso doctrinal del bilbaíno irían ensanchándose y consolidándose. Empieza a definir desde 1885-86 lo que será su concepto de intrahistoria, esa fuerza callada e inconsciente de la historia, tan importante para su filosofía de la historia y política. Aparecen las primeras novelas, sus posiciones políticas se van decantando una vez abandonado el federalismo —se afiliará al Partido Socialista en 1894, aunque también terminaría dejándolo años después; su marxismo era escaso y muy heterodoxo— y aparecen los primeros ensayos de relevancia una vez afianzada su carrera en la Universidad de Salamanca, ciudad en la que estará mucho más a gusto tras ganar con mucho esfuerzo y varios fracasos la cátedra de filología griega en 1891. Perfecto ejemplo son los ensayos de 1895 que componen *En torno al casticismo* (publicados como libro en 1901), donde su pensamiento se va consagrando y su figura como

intelectual crítico de la Restauración resalta. La obra gira en torno al ser de España y el papel de y en Europa, tema en el que seguiría profundizando y que descollaría en su imprescindible *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905). España, el español como lengua y hombre y la hispanidad son, nos indica Juaristi, el centro de las preocupaciones de don Miguel, que cuenta ya con cierto éxito en el extranjero. Forja en estas décadas un pensamiento cuya estructura filosófica quedaría consolidada en sus primeros poemas, en su teatro de moderado aplauso, en las famosas *nivolos* que escribiría en esta época y en sus dos ensayos cúlmenes: *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1913) y *La agonía del cristianismo* (escrito en Francia en 1924 y publicado en España en 1930).

Si bien, no dedicaría sus últimas décadas solo a escribir sus novelas y ensayos. Su actividad periodística no disminuyó, sino todo lo contrario –sobre todo por motivos económicos tras su destitución como rector en 1914– y su implicación política se acrecentó considerablemente. Y es que aunque abandonó desilusionado el Partido Socialista y terminó decantándose por los republicanos, ello no le impediría seguir publicando artículos en periódicos socialistas ni hacer campaña electoral con ellos tiempo después, siendo incluso elegido como concejal por Salamanca en 1917, presentándose por otros cargos que no ganaría en años posteriores. Esta involucración política le acarrearía también serios problemas, que unido a sus fuertes críticas al Rey y a Miguel Primo de Rivera, le llevaría a un forzado exilio en 1924 del que no volvería hasta la caída del dictador. Con la proclamación de la II República participaría, a pesar de sus reticencias al parlamentarismo, como diputado de la coalición republicano-socialista de las Cortes Constituyentes y será nombrado presidente del Consejo de Instrucción Pública por el Gobierno Provisional de Alcalá-Zamora. Una República que, como a muchos otros –es famosa la escena de Ortega diciendo su: “¡No es esto, no es esto!”–, acabaría decepcionándole, cuando no asqueándole, por su creciente radicalidad y sus fracasos políticos y sociales. Un inmenso manicomio, nos comenta Juaristi, le acabará pareciendo toda España. Ello le llevó a dar su apoyo al levantamiento nacional del 17-18 de julio de 1936. También como otros, lo consideró

una sublevación para reformar la República. Pero la nueva y pronta decepción al ver que no resultaba así, lo cual le llevaría a diversas y contradictorias justificaciones que Juaristi muestra, se cristalizaría en su famoso enfrentamiento con Millán Astray –“vencer no es convencer”, les espetó a él, a Carmen Polo y los demás asistentes, gritando el legionario: “¡Mueran los intelectuales! ¡Viva la muerte!”–; escena que le llevaría a abucheos, a ser destituido de todos sus cargos oficiales y honoríficos y a la muerte el 31 de diciembre de ese año en su casi perpetuo autoencierro doméstico, al parecer intoxicado involuntariamente por los gases de un brasero.

En definitiva, nos encontramos ante una biografía que ha sido construida con habilidad. De fácil lectura y lenguaje claro sin ser simple. No es tampoco escasa la información y las ricas descripciones que encontramos, entre las que se van intercalando reflexiones sobre asuntos políticos, históricos, sociales, lingüísticos... que entroncan con la realidad de nuestro presente y que eran ya candentes en los días del propio Unamuno. Quizá se podría achacar al libro un insuficiente acercamiento a la filosofía del bilbaíno –no a su pensamiento, no, sino a su filosofía–, sí lo hace mucho más a la novela y la poesía del mismo. Quizá también podríamos pedir, sin que digamos que esté ausente, un análisis más abundante de las situaciones políticas que marcaron algunas de las vicisitudes del biografiado y sus escritos periodísticos. Alguna crítica o corrección severa puede hacerse acerca de lo que se afirma sobre el género ensayístico en España –considerando, erróneamente a nuestro juicio, como primer ensayo español a *En torno al casticismo*– o sobre la ciencia en España –a la que califica como, no se sabe bajo qué borrosos, si no absurdos, criterios, ciencia “de segunda o tercera mano”–. También podría señalarse la total ausencia de un deseable examen de las relaciones entre Unamuno y Ortega, por la importancia filosófica, histórica y política de ambos y por la trascendencia que para ambos tuvieron las mismas. E incluso podríamos achacar cierto subjetivismo en algunas ocasiones a lo largo de sus páginas. Más acertados consideramos por ejemplo los juicios de Juaristi sobre las exageraciones de algunos unamunólogos y del propio Unamuno sobre sus crisis nerviosas –como la archiconocida crisis de marzo de 1897– y

su religiosidad, más pretendida esta que real desde que perdió la fe en sus años universitarios. Debemos de reconocer, pues, que estamos ante una biografía que, además de querer ser fiel al hombre de carne y hueso, pretende ser divulgativa, para un público amplio no especialista y que aun así nos ofrece muy abundante información y un entendimiento de la figura de don Miguel, de “su intrahistoria”, que no podemos más que agradecer. Así pues, no es, quizá, un libro que diga algo realmente nuevo a los unamunólogos, tampoco es una biografía intelectual si eso se busca, pero en cualquier caso sí es muy fértil y sugerente, un buen modo en definitiva de introducirse en la vida, pensamiento y obra de este eminente e inclasificable español que fue Miguel de Unamuno y Jugo.

Emmanuel Martínez Alcocer